

8

Algunas lecciones sobre la mujer y el hombre en el Magisterio

Diana Rico Díaz*

Este escrito es un análisis de la educación del Magisterio alrededor de la mujer. Se basa en tres premisas fundamentales: el reconocimiento a los pontífices que han puesto a la mujer en las agendas de discusión de sus pontificados, la situación misma de las mujeres y el aporte de los llamamientos realizados en cada época. Se expone, además, cómo este Magisterio ha reconocido retrocesos y avances de la situación femenina y se recoge, en especial, la contribución de la Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem*, a través de una observación profunda, que marca varios desafíos para lograr la dignificación de la mujer y del hombre, su reciprocidad y su mutuo reconocimiento de la dignidad que proviene de la Creación misma. Finalmente se describe la cátedra sobre *Mujer, cultura y sociedad*, electiva institucional desarrollada como estrategia para hacer viva esta Carta Apostólica.

Con ocasión de la visita de S.S. el Papa Francisco a Colombia, la unidad de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia ha promovido la reflexión acerca de la educación en el Magisterio Pontificio. En ese sentido, este texto aborda la educación que han hecho el Magisterio y la Doctrina Social de la Iglesia sobre la mujer.

* Docente de cátedra del departamento de Humanidades, Universidad Católica de Colombia. Contacto: drico@ucatolica.edu.co.

El interés en este tema en particular proviene de tres fuentes fundamentales. Por una parte, de hacer un reconocimiento a la Iglesia y a los pontífices, quienes en el último siglo se han preocupado por analizar y hacer visible la situación de la mujer en la cultura y la sociedad, observando cómo los logros en el ingreso a la vida laboral han determinado luchas y afanes, así como la particular desigualdad de la que la mujer ha sido sujeta históricamente.

Por otra parte, de identificar cómo las posturas y visiones de la Iglesia han fijado avances y retrocesos en el ser y estar de la dignidad de la mujer, tema que ha sido planteado por san Juan Pablo II, en la carta *Mulieris Dignitatem* (2001). En este documento, se explicita la necesidad de reconocimiento, como una forma de brindar a la mujer el lugar que le corresponde, sin soslayo o detrimento del hombre, sino más bien como la vía para “desvelar el misterio de lo humano”.¹

Finalmente, de tratar de plantear desde la experiencia de la cátedra *Mujer, cultura y sociedad* la posibilidad de responder a preguntas que surgen de este Magisterio: ¿cómo devolver en la práctica la dignidad a la mujer? ¿Cómo ayudar al encuentro y reconocimiento del “genio femenino”, al que apeló el Papa Juan Pablo II, en la confianza del restablecimiento de la protección y cuidado de lo humano, a partir de la sensibilidad de la mujer para la humanidad? ¿Cuál es el papel que tiene el hombre en este proceso? Y ¿cuáles son los retos a los que se enfrenta la mujer del siglo XXI?

Como resultado de las revoluciones y del proceso de industrialización en la última parte del siglo XIX, el Magisterio se ha ocupado de este tema desde el punto de vista social, teniendo en cuenta el cambio de actividades que se da en la vida de la mujer. León XIII, Sumo

1 José Manuel Parrilla, “La condición de la mujer en la doctrina social de la iglesia”, *Studium Ovetense, Revista del Centro Superior de Estudios Teológicos de Oviedo*, XXVI (1998): 25, <http://www.cpalsj.org/wp-con>.

Pontífice de la época, en su Carta Encíclica *Rerum Novarum*, de 1891, hace un llamado a la justicia social en el trabajo. Es el primero en plantear la necesidad de protección a la mujer trabajadora, cuyas condiciones laborales son, cuando menos, miserables y “el Papa las compara con la esclavitud”², ya que el pago por su trabajo es ínfimo. Llama a reconocer que la educación de los hijos y el cuidado de la familia son ya en sí mismos trabajos arduos y de gran responsabilidad. Para este pontífice, el trabajo fuera de casa y los bajos salarios perjudican y atentan contra la sociedad, la familia y la mujer. Este documento muestra, en la actualidad, que León XIII preconiza la situación que vive la sociedad, la familia y la mujer hoy, aunque en la mayoría de los casos se hable de evolución y no de crisis.

El Papa Pío XI, por su parte, insta a “proteger la función indispensable de la mujer en la vida de la familia”, proponiendo un salario familiar. Esto ahonda la desigualdad para la mujer, pues pone el trabajo en función de los derechos para los hombres. Según Parrilla, se es permisivo con la posición de la mujer en el hogar, pero se la llama a trabajos transitorios sin remuneración, sin dejar de lado su oficio como madre y ama de casa.³

La comprensión al Papa Pío XI, es incompleta o de todas formas mal interpretada, pues en la Encíclica *Quadragesimo anno* plantea estas posturas y realmente llama a reconocer la labor e importancia de la mujer en la familia, no ya como doméstica o como una forma de discriminación, como sería entendida en la actual sociedad líquida⁴ —en la que todo se ha asumido como producto de la visión subjetiva del mundo de los hombres por las mujeres—, sino en el contexto de la sociedad de la época, que reconoce a la mujer como indispensable en el desarrollo de la familia. De hecho, la

2 Ibid., 5.

3 Ibid.

4 Zygmunt Bauman, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005).

comprensión de la mujer como núcleo fundamental de la sociedad de la época no le da una posición ínfima, sino que, por el contrario, la ve como el eje sobre el que se sustenta la misma. Muy seguramente esto ha devenido en otras visiones y posturas, pues las luchas feministas posteriores han buscado igualar a la mujer al hombre en detrimento de su propia dignidad de mujer.

Por su parte, al Papa Pío XII le corresponde tanto la Segunda Guerra Mundial como el nacimiento de los feminismos, situaciones que vienen de la mano con el hecho de que las mujeres asuman tareas que históricamente han sido asignadas a los hombres. Luego de la guerra, y a diferencia de lo enseñado anteriormente, el Papa llama a un mayor reconocimiento y dignidad de las mujeres.⁵ En sus escritos confiere igual dignidad a mujeres y hombres, como hijos de Dios, con cualidades particulares, que son complementarias:

En su Alocución a las mujeres de las asociaciones cristianas de Italia (21 de octubre de 1945), el Papa se hace eco del relieve que había adquirido la participación de la mujer en la vida social y política. En ese contexto, el Papa valora los movimientos de mujeres cristianas que se agrupan sus verdaderos intereses, resumidos en "mantener y reforzar esa dignidad de la mujer, máxime hoy, en las coyunturas en que la Providencia nos ha situado". Afirma Pío XII la igual dignidad personal de hijos de Dios del varón y la mujer, aunque asumiendo las cualidades particulares que distinguen a los dos sexos, destinadas a complementarse. Considera la maternidad como tarea e inclinación innata de la mujer, si bien reconoce que esta maternidad puede ser ejercida en el sentido físico o bien con un significado "más espiritual y elevado, pero no menos real".⁶

El Sumo Pontífice reconoce validez a las reivindicaciones feministas, pero las conmina a una tarea de compromiso intelectual y político. En este periodo, es evidente que la postguerra ha dejado en la consciencia colectiva la huella del daño de la violencia y la

5 Parrilla, "La condición de la mujer en la doctrina social de la iglesia".

6 Ibid., 9.

discriminación, lo que implica la necesidad de que la mujer sea activa en la construcción de una nueva cultura de paz y de “fraternidad universal”.⁷

En la época del Papa Juan XXIII ya se reconoce la participación social de la mujer como “un signo de los tiempos”. El Papa recalca la importancia de la presencia de la mujer en la vida pública, pues ya está instalada en las labores que le han sido adjudicadas y permitidas, como una característica de la época. Es decir, la mujer hace parte de la cadena económica y de producción en diferentes ámbitos, sin detrimento de las labores que anteriormente se consideraban puramente masculinas. Reconoce, además, el derecho y libertad de la mujer a elegir el estado que prefiera, así como a ser y hacer familia, en igualdad de derechos con los hombres.⁸

Este Magisterio, en síntesis, reconoce a la mujer integralmente y promueve la compatibilidad entre el trabajo profesional y el ser esposa y madre.⁹ En esta medida, tanto la mujer como los feminismos alcanzan, de alguna forma, sus logros. Sin embargo, la mujer es víctima de esta situación, pues entra en la vida laboral y productiva, pero sin deponer sus responsabilidades de esposa y madre, lo que le ha significado desde entonces grandes esfuerzos o la renuncia a alguna de estas condiciones: o la de profesional o la de madre y esposa. En este momento dicha situación no se vive como pérdida o discriminación, sino como la manera de privilegiar una de las vocaciones.

Más adelante, en 1965, en el pontificado de Pablo VI, más específicamente en *Gaudium et Spes*, se reconoce que la mujer ha ganado muchos espacios y algunos derechos, así como su participación

.....
7 Ibid.

8 Ibid.

9 Juan XXIII, *Pacem in terris* (El Vaticano: Vaticana, 1963), 19, http://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_11041963_pacem.html.

en todos los campos de la vida. No obstante, el Papa reclama que la mujer pueda “asumir con plenitud su papel según su propia naturaleza”.¹⁰ En este documento se reconoce a la mujer en su papel social y se propone que, siendo iguales en la creación y redención, la mujer y el hombre deben ser iguales en dignidad y requieren igualdad en el reconocimiento.

Así mismo, en este documento, los padres conciliares reconocen que, para la época, no todas las mujeres cuentan con los mismos derechos y que, en muchos casos, se les niega la educación y la cultura igualitaria. Por ello, ven importante eliminar todas las formas de discriminación: por sexo, raza, condición social, lengua y religión, pues esta va en contra del plan de Dios.

Pablo VI, en la Encíclica *Populorum progressio*, reconoce a la mujer en todas sus dimensiones y llama al mundo a reconocerla y a brindarle condiciones humanas de existencia. Más allá de posturas meramente económicas, la mujer, como portadora de cultura y servicio, es un ejemplo en lo relacional, en la solidaridad y en la atención al más débil.¹¹ Además, en la conferencia mundial de la Mujer de 1975, el Sumo Pontífice pide el reconocimiento de la mujer en su aporte a la paz y al desarrollo mundial. En todos sus escritos sobre el tema, Pablo VI llama a proteger su vocación, su independencia, su igualdad de derechos en lo económico, social, político y cultural a la par del hombre.

Juan Pablo II, en su exhortación *Familiaris consortio*, da gran relevancia a la mujer, por fuera del servicio que ella ofrece en la organización de la familia y los hijos, reconociéndola en igual dignidad y responsabilidad que al hombre. Así mismo, ve la necesidad de

10 Concilio Ecuménico Vaticano II, *Const. past. Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual* (El Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1965).

11 Pablo VI. *Populorum progressio* (Bogotá: San Pablo, 1967).

visibilizar su función materna y familiar.¹² La válida posición del Pontífice es bastante cercana a la de los últimos Papas. Vale aclarar que, en realidad, compatibilizar el tiempo y dedicación que requieren cada uno de estos ámbitos ha sido difícil y ha tenido implicaciones personales, familiares, laborales y económicas para la mujer.

Desde el punto de vista de Parrilla Fernández, quien hace un análisis de la posición de la mujer en la Doctrina Social de la Iglesia, la Encíclica *Familiaris consortio* de Juan Pablo II repite postulados, pero no da propuestas válidas para propiciar el cambio y el dilema de la carga de la función doméstica a la mujer, la cual ha sido privilegiada sobre otras ramas del desarrollo femenino.

El Papa propone no sobreestimar, en relación a la familia, el honor derivado del trabajo. Para que ello se dé en la realidad, explica, se requiere de la estima del hombre por la mujer, así como de una sociedad que ofrezca circunstancias adecuadas y en la que no se discrimine a la mujer por sus condiciones particulares. Así como ocurre con los Papas nombrados anteriormente, señala la necesidad de acciones pastorales claras y particulares y ve la necesidad de reconocimiento y cambio, pero estos últimos no se explican ni exponen claramente, por lo que el discurso se mantiene sencillamente en un llamado.

En otra de sus encíclicas, más específicamente en *Laborem Exercens*¹³, Juan Pablo II propone cambios en la estructura laboral, los cuales permitirían a la mujer el trabajo y el desarrollo profesional, sin dejar de lado la familia y los hijos, en términos de salarios que compensen el “salir a trabajar”. Además, propone dar un valor y un puesto a la maternidad, que la dignifique y que no implique inferioridad en las oportunidades y condiciones laborales.¹⁴ En ese mismo do-

12 Juan Pablo II, *Familiaris Consortio* (Bogotá: Paulinas, 1998).

13 Ibid.

14 Parrilla, “La condición de la mujer en la doctrina social de la iglesia”.

cumento, hace un llamado a que no se discrimine a la madre que decida cuidar a sus hijos, reprochando a la sociedad cuando obliga a la mujer a descuidar sus funciones maternas o a prescindir de la maternidad en función de lo económico.¹⁵

Todos los Pontífices nombrados, y los documentos revisados, hacen eco de las necesidades de la mujer y de la desigualdad en la que ha estado sumida, evidenciando la cultura misógina y de desprecio que ha sufrido. Los mayores jerarcas de la Iglesia, en su pontificado, han señalado la importancia de respetar y dar un lugar a la mujer, quien, a pesar de luchar y ganar espacios sociales, sigue en condiciones de vida desigual. Esto, en términos de justicia y humanidad no debería ocurrir, pero tampoco va más allá del discurso.

El Papa Juan Pablo II, en *Mulieris Dignitatem*, expone una visión que salda la deuda histórica de la Iglesia con la mujer.¹⁶ A partir del relato de la creación, presenta no solo un análisis antropológico y teológico profundo, sino que va en la vía de la comprensión del texto, contexto y pretexto del escrito bíblico, que puede marcar, y ha marcado, lentamente un cambio en la cultura, en el discurso y en la comprensión que hombres y mujeres tienen de ellos mismos.

El porqué de la igualdad en la dignidad entre el hombre y la mujer, plantea la deuda de la sociedad y del hombre para con ella. El Papa explica esto a partir de ejemplos de la Escritura, como la real dignidad femenina desde la creación y los diversos pasajes que dejan ver que su tarea es la de ayuda y compañía para solventar la soledad originaria. En otras palabras, más allá de una ayuda práctica, en medio del sometimiento de la tierra, implica el encuentro de dos para ser y hacerse, el cual se logra en el amor, el servicio y la entrega, es decir, en relación de reciprocidad.

.....
15 Ibid., 22.

16 Juan Pablo II, *Carta Mulieris Dignitatem* (Bogotá: Paulinas, 2001).

En este sentido, el Papa explica que la mujer ha sido “creada por Dios de la costilla”, y no del pie ni del brazo, sino del costado, esto es, como una igual que es interlocutora en dicha relación de reciprocidad. Dice Juan Pablo II que Dios encuentra en ella, en la mujer, la ayuda adecuada y que por ello le confiere, al igual que al hombre, su identidad: ‘is: hombre, ‘is sah: mujer. Este reconocimiento de la identidad de la mujer en la creación se ha malentendido históricamente por el uso del lenguaje, por lo que se ha convertido en una visión, posiblemente errada, que ha permanecido en el tiempo.

Esta identidad dada por Dios es igualdad esencial entre varón y mujer. La mujer es ese otro yo que ayuda a superar la soledad originaria, creada además para ayudar a “someter la tierra” (Gn 1, 28). Respecto a esto el uso del lenguaje también ha jugado malas pasadas, en la medida en que la mujer no ha sido creada para ser sometida, pues tiene con el hombre una humanidad común que se convierte en “una unidad de dos”, así entendida por Dios. Incluso en el pecado original que es del hombre: varón y mujer, son dos, la mujer es igual al hombre, porque todo el tiempo es elegida para la maternidad, para ser testigo.

Esto queda claramente expresado en todas las experiencias de Jesús con la mujer: con su madre, con Magdalena, con Martha y María, con la hija de Jairo, etc. Jesús confía de igual manera en los hombres y en las mujeres. Hombre y mujer se necesitan mutuamente, no se excluyen y no han sido excluidos por Dios: “Sed fecundos, multiplicaos, henchid la tierra y sometedla” (Gn 1, 28). La mujer es compañera de vida y una sola carne. De hecho, como plantea Juan Pablo II, ya en la creación hay un matrimonio fecundo. Así mismo, hay múltiples ejemplos de ello en la escritura: Moisés y Séfora y la misma virgen María y José. Estos demuestran el apoyo, la confianza, el impulso, el servicio y el amor de dos que se hacen uno.

¿Cuándo se rompe esa igualdad que también es originaria? Juan Pablo II dice que se rompe por el pecado y plantea que es un “pecado social” mantener a la mujer en dominación y en desventaja. Parrilla Fernández explica que para el Papa la expresión “él te dominará” (Gn 3, 16) “se refiere al pecado original y a sus consecuencias permanentes en el hombre y la mujer”¹⁷, lo cual fue entendido como dominación del hombre a la mujer, cuando el texto alude a que el hombre y la mujer serán dominados por el pecado. En esa medida, el Sumo Pontífice reconoce las luchas de la mujer por la justicia.¹⁸

Al mismo tiempo, Juan Pablo II enfatiza que la mujer no requiere hacerse hombre, es decir, copiar la masculinidad para ser reconocida y respetada, circunstancia a la que la han llevado las tendencias feministas radicales y psicologistas. También reconoce que tanto hombres como mujeres tienen “unos recursos personales” en dignidad y vocación: la masculinidad y la femineidad, los cuales provienen de ser hijos hechos a imagen y semejanza de Dios.¹⁹

Esta encíclica contiene una propuesta de reconocimiento a la dignidad, “para reconstruir las relaciones de reciprocidad entre hombre y mujer”.²⁰ ¿Qué es lo que hace fuerte a la mujer? Dios la hace fuerte, la consciencia de la entrega y de la ayuda: qué de ti me hace mejor y qué de mí te hace mejor. Esa fuerza ratifica su vocación y debería hacer posible reafirmar la vocación del hombre. Esto conlleva a varias tareas impuestas a hombres y a mujeres: por una parte formar al hombre en la reciprocidad y por otra parte a la mujer en la consciencia de la entrega y fuerza. Esto les impulsa a educarse en el compromiso por el otro, cuestión que le compete a la familia, a la escuela, a la educación superior y, en fin, a toda la sociedad.

.....
17 Ibid.

18 Parrilla, “La condición de la mujer en la doctrina social de la iglesia”.

19 Juan Pablo II, *Carta Mulieris Dignitatem*.

20 Parrilla, “La condición de la mujer en la doctrina social de la iglesia”, 24.

Formar en la reciprocidad y en el compromiso implica reconocer, por un lado, la vocación de la mujer, debido a su naturaleza, a la maternidad; y, por el otro, la del hombre, en razón del compromiso que adquiere, a la paternidad. El Papa Francisco dice al respecto: “ningún programa de igualdad y de derechos del hombre y de la mujer es válido si no se tiene en cuenta esto de un modo totalmente esencial”.²¹

Juan Pablo II deja en manos de la mujer la custodia de lo humano y de la humanidad misma, esto es, la mujer debe participar con voz y voto, pues la humanidad requiere que se transmita la “sensibilidad femenina”, en igualdad de condiciones, en todos los aspectos de la vida.

En cuanto a la cuestión de la maternidad, el Papa la toma en cuenta junto con la virginidad “según el Espíritu”, la cual consiste en el cuidado del otro, en la vida consagrada, en la adopción y en el servicio al necesitado y al desvalido. Cuando una mujer opta por no casarse o dice no a la maternidad física, no se priva sino que amplía su visión y sus expectativas ante el mundo. La vida consagrada implica una vida llena de carisma personal y se da en la práctica de la entrega generosa a los demás, al que sufre y al que necesita, haciendo viva la doctrina de Jesús. Al igual que en el matrimonio mujer-hombre, en la vida consagrada se verifica la entrega de Jesús por su Iglesia, que es siempre recíproca. La vida de las santas mujeres es un amplio ejemplo de ello.²²

El documento finaliza con un agradecimiento que el Papa hace extensivo a todas las mujeres, en todas las condiciones: por su fortaleza, por su debilidad, por su sensibilidad, por su femineidad y

21 Francisco, *Amoris Laetitia. Exhortación apostólica postsinodal, sobre el amor en la familia* (Navarra: Verbo divino, 2016).

22 Maria Gladys Carrasco Harvey, *Mulieris Dignitatem* – castellano, presentación diapositivas, 24 de marzo de 2013, <https://www.youtube.com/watch?v=x1hPA04L26A>.

porque unidas con el hombre engrandecen la tierra y toman la responsabilidad común de su destino y del de la humanidad. También agradece al “genio” femenino y hace votos para que “al meditar el misterio bíblico de la mujer, cada una se halle de nuevo a sí misma, para encontrar su vocación suprema”.²³

En el año 1995, con motivo de la conferencia de Pekín, Juan Pablo II escribe un documento breve llamado *Carta a las mujeres*, en el que les agradece y reconoce su participación en los diversos ámbitos de la vida. En esta aboga por la dignidad de la mujer y por el respeto a sus derechos, mostrando también que solo a través de la dualidad hombre-mujer y de los recursos que cada uno tiene como persona es que son y se hacen plenamente humanos. La mujer está llamada a descubrir su “genio” humano, para poner al servicio de otros, y de su propia dignidad, todos sus talentos.²⁴

En el actual pontificado de S.S. el Papa Francisco, aunque no se ha escrito un documento específico sobre la mujer, sí se la ha incluido en la reflexión de la realidad, particularmente en *Evangelii Gaudium*. En este documento, en los numerales 103 y 104, el Papa retoma el papel de la mujer en la sociedad, tema ya trabajado por los anteriores Pontífices.²⁵ En 2016, en los mensajes de saludo del 8 de marzo, día de la mujer, el Papa condena la violencia sexual. De igual manera, en el 2017, en el saludo para la misma fecha, pone a la mujer como ejemplo de ternura y fidelidad y le da la tarea de seguir siendo sinónimo de alegría, fidelidad, obediencia y apoyo. El Sumo Pontífice plantea que, ante lo que impone el mundo de hoy, el poder dar vida, ser Iglesia y acompañar y dejar crecer el “genio” femenino, es un tesoro; al final del mensaje pide que no tengan miedo.

23 Juan Pablo II, *Carta Mulieris Dignitatem*.

24 Juan Pablo II, *Carta a las mujeres* (Bogotá: Paulinas, 1995).

25 Francisco, *Evangelii Gaudium* (Bogotá: San Pablo, 2014).

En algunas entrevistas e intervenciones ha llamado a solventar tareas pendientes, como crear “una teología de la mujer”. De igual forma, ha pedido “no confundir servicio con servidumbre” y ha propuesto potenciar el papel de la mujer en el seno de la Iglesia. En este sentido, reconoce una especial sensibilidad de la mujer en “las cosas de Dios”, es decir, para “comprender la misericordia, la ternura y el amor que Dios tiene para nosotros”.²⁶

En este punto, es necesario reconocer que la Iglesia y su Magisterio Pontificio se han preocupado por la mujer, en todos los tiempos, lo que ha implicado, en cada época, un avance en la relevancia y discusión de su situación. En ese orden de ideas, la Iglesia se ha permitido repensar las condiciones de vida de la mujer. Sin embargo, algunos de estos documentos han implicado algunos retrocesos y estancamientos, pues al no ofrecer alternativas permiten que algunos pensamientos y culturas arraiguen su idiosincrasia en el inconsciente colectivo de la mujer, dejándola bajo el poder del hombre o supeditada a las labores domésticas.

Parte de este estancamiento se debe al uso del lenguaje, el cual supera al Magisterio, esto es, en el ánimo de visibilizar a la mujer y sus necesidades, se ha acusado a los padres de la Iglesia de mantener un *status quo* de poder. Sin embargo, cuando se leen los documentos y se les contextualiza en las realidades de su época, se entienden las condiciones que tienen tanto las mujeres como quienes reivindican sus derechos. Estos últimos, además, han sido acusados de perpetuar elementos de la cultura del momento.

Cuando el análisis se acerca a la realidad histórica, esta da cuenta de la razón y las motivaciones para que los Papas en cada época delimitaran su Magisterio sobre la mujer. Por ejemplo, “el Papa León XIII dictó la encíclica *Rerum Novarum* en la que la Iglesia trató problemas propios del mundo contemporáneo, como el salario, y expresó su

.....
26 Francisco, *Amoris Laetitia*.

preocupación por las condiciones de vida de los trabajadores”²⁷, especialmente de las mujeres y de los niños.

El análisis del Papa, lejos de ser machista, trata de dar elementos de juicio respecto al costo-beneficio del trabajo de la mujer proletaria, teniendo en cuenta los salarios paupérrimos en detrimento suyo y de su familia, así como las jornadas laborales que en ese momento constan de 15 a 17 horas, las cuales son agotadoras y dejan a las mujeres sin posibilidades de cuidarse a sí mismas ni a sus propios hijos y familia. En este caso no se puede decir que el Papa quiere confinar a la mujer en la casa, sino que solamente atiende a una necesidad sentida por los trabajadores del momento, la cual les lleva a exigir un salario y condiciones de trabajo justas.

Dos elementos adicionales que se atribuyen al Magisterio Eclesial son el desarrollo de los feminismos y el desarrollo del lenguaje no sexista. El uso del lenguaje se ha convertido en un elemento de discusión permanente, hasta el punto de que la Unesco, en 2003, realiza un manual de “recomendaciones, para el uso no sexista del lenguaje”.²⁸ De ahí en adelante se ha pretendido poner de manifiesto que el lenguaje, por “su estrecha relación dialéctica con el pensamiento, puede cambiar gracias a la acción educativa y cultural e influir positivamente en el comportamiento humano y en nuestra percepción de la realidad”.²⁹ Es así que en los inicios del siglo XXI, intentando hacer ejercicios por la igualdad, se modifica el lenguaje que se relaciona con los oficios para hombres y mujeres, no obstante, luego de poco más de una década, es evidente que el lenguaje no ha logrado esos pretendidos cambios culturales.

27 “Primera revolución industrial del Siglo XVIII resumen”, Historia y Biografías, 11 de diciembre de 2014, http://historiaybiografias.com/revolucion_industrial/.

28 Breda Paoli, “Recomendaciones para un uso no sexista del lenguaje”. (Documento para la Unesco, 1999), <http://unesdoc.unesco.org: http://unesdoc.unesco.org/images/0011/001149/114950so.pdf>

29 Ibid., 17.

Otro elemento importante es el de las exigencias femeninas que dan lugar a los feminismos, cuyas luchas son movimientos políticos y sociales reivindicativos de los derechos de las mujeres. Se han relacionado con los documentos papales, en el sentido de que han combatido, en algunos casos, sus postulados, ya que tradicionalmente se ha asociado a la Iglesia con las estructuras del poder, la opresión, el control sexual y el patriarcado. Sin embargo, el llamado feminismo de la diferencia acerca la mujer al hombre, porque entiende que son diferentes y que su riqueza y encuentro radica en ello, en esta visión en la que el varón y la mujer representan, el uno para el otro, la otra mitad de la experiencia humana.

Parece paradójico, pero, en este sentido, algunos de los llamamientos del Magisterio han representado retrocesos, pues han llevado a discusiones en planos alejados de lo fundamental. Movimientos mundiales en oposición a los hombres, al lenguaje o a la desigualdad, que han sido válidos para sus objetivos, pero que no han permitido avances reales para la situación política, social, familiar y personal de la mujer y del hombre. Es solo hasta *Mulieris Dignitatem* que se pone en el centro de la discusión una propuesta que puede permitir avances: la comprensión textual y contextual de la palabra y el reconocimiento de que algunas interpretaciones incompletas han sumido, en la mayoría de los casos, en luchas sin sentido.

La atención debe centrarse en el reconocimiento de la dignidad de la mujer y del hombre y en la comprensión de sus diferencias, que no los distancian sino que los complementan. La tarea de formar para la recuperación y el reconocimiento de la dignidad del otro es tal vez el reto más grande planteado por el Magisterio Pontificio y es una perspectiva en la que la educación puede permitir el salto cualitativo que desde hace más de cien años vienen solicitando los Pontífices.

¿En qué consiste este salto cualitativo? En la formación consciente de hombres y mujeres, en lo que el Papa ha llamado lo humano masculino y femenino, liberándose de la cultura del desprecio³⁰ y haciendo el tránsito al reconocimiento del otro y a la reconstrucción de la propia dignidad. Esta se hace necesaria, desde el punto de vista personal, antropológico, sociológico, moral y espiritual, pues, aunque la dignidad es algo inherente al ser humano, la modernidad y la postmodernidad han puesto su acento en otros aspectos de la persona y de lo público, que han inducido a perder de vista el sentido propio de la misma. Así lo señala Juan Pablo II en su encíclica sobre la dignidad de la mujer, en la que, aunque se centra en ella, la mujer no excluye al varón, puesto que este es su otra mitad en la experiencia humana y es con quien, en acción de reconocimiento y reciprocidad, puede aprender, ejercitar y profundizar, pues es el don y la tarea asignada desde la creación.

Ahora bien, el Papa ¿a quién designa esta tarea? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Y ¿en qué forma? Estos son algunos de los interrogantes que han surgido y que promueven alternativas para que la educación del Magisterio sobre el hombre y la mujer no se queden en letra muerta. En principio, es menester de la familia desarrollar espacios en los que todos sus miembros, desde el amor, el trabajo conjunto, el servicio y la reciprocidad, fortalezcan la dignidad colectiva y la de cada uno de ellos.

Ya S.S. El Papa Francisco, en *Amoris Laetitia*, ha marcado los derroteros para esta tarea en el seno de la familia.³¹ En la Iglesia se han gestado acciones pastorales, desde la publicación de *Mulieris Dignitatem*, aportando al crecimiento de las personas que son y hacen comunidad eclesial en torno a este aspecto.

30 Axel Honneth, "Integridad y desprecio. Motivos básicos de una concepción de la moral desde la teoría del reconocimiento", *Isegoría* 5 (1992): 78-92, doi:<http://dx.doi.org/10.3989/isegoria.1992.i5.339>.

31 Francisco, *Amoris Laetitia*.

De igual manera, la Universidad Católica de Colombia se ha planteado como un espacio de formación integral, que se fundamenta en la doctrina de Cristo y centra su misión en la persona. Particularmente dentro del departamento de Humanidades, que trabaja por una educación humanista del estudiante, existe un espacio propicio para asumir la tarea de reflexión y análisis sobre la mujer, su ser y estar en la sociedad y en la cultura, pero con una visión que se amplía al varón, entendido como parte de esa “unidad de dos” propuesta en la encíclica.

Es así que en el 2015, como alternativa frente a los retos de las mujeres en los inicios del siglo XXI, y atendiendo al llamado del Magisterio, se propone la cátedra electiva *Mujer, cultura y sociedad*, cuya justificación se acerca a la búsqueda del “genio femenino”:

Los cambios sociales y culturales de la última parte del siglo XX e inicios del siglo XXI, han puesto a la mujer y especialmente a las niñas y a las jóvenes en disyuntivas en las que les ha correspondido abrirse paso entre su propia naturaleza y los reclamos o exigencias del entorno, perdiendo un poco de vista su propia experiencia femenina -su esencia-; la mujer se ha movido entre las expectativas, los retos que la sociedad le impone, la necesidad de ubicación económica para obtener reconocimiento, está en constante debate entre las ilusiones y las desilusiones, la necesidad de aceptación y la exclusión que, históricamente, la han puesto en ese lugar. Es allí donde surge la necesidad de plantearse un salto cualitativo para que desde la antropología se realice un análisis de sus dimensiones personales; se visualice desde los ejes centrales de su propia historia, las luces y sombras que la han acompañado, y desde allí se teja la posibilidad de darse el tiempo de repensar su ser; ir a un camino diferente que implique salir de los discursos deficitarios, plantearse de forma positiva y optimista en una realidad social de la que ella es fundamento y que comparte con el hombre, como la otra mitad de la experiencia humana: una vida compartida, de

sinergia existencial en la que no sea excluida, pero que tampoco excluya a los otros.³²

Este programa busca reflexionar conjuntamente en torno a las realidades que competen tanto a mujeres como a hombres y, en ese proceso, “sembrar” en cada uno la necesidad de hallar su “genio” y su “vocación suprema”.

Para ello se ha planteado una lección inaugural, que promueve la sensibilización hacia la realidad de la mujer en la actualidad. A partir de allí se proponen tres unidades temáticas: la primera, en la que se busca que los estudiantes adquieran consciencia e identifiquen las luces y sombras que han acompañado a la mujer en cada época y cuál ha sido el papel del hombre en ese proceso. Lo anterior, a través de un recorrido histórico acerca de la posición de las mujeres en cada tiempo y cultura.

En la segunda, se visualizan y reflexionan los ámbitos de acción y vocación femenina, analizando lo biológico, lo psicológico y lo espiritual, teniendo en cuenta que las diferencias entre la mujer y el hombre no les distancian, sino que les unen en la búsqueda de lo humano más humano. El recorrido que se realiza para esto aborda a la mujer desde la infancia hasta la adultez, en diferentes condiciones como la esponsalidad, la maternidad, la familia, el trabajo y lo afectivo. En estas se incluyen los conceptos de pudor, castidad y virginidad, los cuales son trabajados por Juan Pablo II en la teología del cuerpo y que enriquecen la visión de los jóvenes estudiantes, en la medida en la que en algunos casos son nuevos para ellos.

En la tercera, se proponen los retos para la mujer del siglo XXI: la recuperación de la sensibilidad, la emoción y la ética del cuidado; la educación como columna vertebral de la familia y la sociedad; la esencia de la mujer frente a una cultura del desprecio que dificulta

.....
32 Diana Rico, Asignatura: Mujer, cultura y sociedad. Bogotá, 20 de agosto de 2015, 11.

el reconocimiento; el cuerpo, comercio y dignidad; finalmente, la espiritualidad en la mujer y la posibilidad del encuentro personal con Dios desde los ámbitos en los que ella se mueve (teniendo en cuenta la carta de Juan Pablo II).

En este programa es transversal la comprensión de la dignidad humana, dando la posibilidad a los estudiantes de un cambio en su visión y en su reconocimiento del otro, despojándolos de prejuicios, juicios y sexismos y haciendo probable el salto cualitativo propuesto en su justificación.

Para terminar, en lo que se refiere al papel del varón en este proceso, es de compromiso total, como se ha vivido en la práctica de la clase. Para el joven estudiante, el discurso desde el reconocimiento a la mujer, propuesto por Juan Pablo II, lo implica en el autodescubrimiento de su sensibilidad, en el compromiso con lo afectivo, en la construcción de familia y en la salida a los discursos heredados culturalmente, en los que se pone a la mujer en desventaja y se ahonda en la cultura del desprecio.

Valorar y valorarse en su propia dignidad personal; trabajar su noción de cuerpo, psique y espíritu; comprender la necesidad del control de impulsos; visualizar las etiquetas mentales que tiene y deshacerlas en la consideración, respeto y reciprocidad con la mujer; todos estos ejercicios ponen al varón en la vía de encontrar e identificar su propio “genio” masculino.

A modo de conclusión, corresponde reconocer la preocupación permanente del Magisterio de la Iglesia en educar sobre la mujer, tema del que ha sido un intérprete de los “signos de los tiempos”.³³ El Magisterio ha mostrado el devenir y el cambio obrado en el ser y estar de la mujer, algunas veces llamando la atención sobre asuntos similares, a veces no logrando brindar estrategias claras, pero

.....
33 Juan XXIII, *Pacem in terris*.

siempre convocando a la reflexión y al cambio de mentalidad frente a la realidad de la mujer en cada tiempo.

De manera particular, se resalta el trabajo de San Juan Pablo II, el cual determina un antes y un después en la comprensión de la realidad femenina. Este cambio de paradigma implica a la familia, a la comunidad educativa y a la Iglesia misma, instándoles a abordar estrategias (como la cátedra electiva en la universidad) que hagan posible un cambio en la cultura, desde ejercicios conceptuales y de reflexión, para lograr que hombre y mujer reconozcan de forma positiva y recíproca su diferencia y su complementariedad, en otras palabras, que los lleve a descubrir ese llamado “misterio humano”.

Bibliografía

La bibliografía correspondiente se ha ubicado al final del libro.